

Testimonio de Nelly Ninamango Aliaga (Huancayo en Junín 1960)

Mi nombre es Nelly Ninamango. Soy esposa del periodista Hernán Tenicela Fierro con quien tuve tres hijos: Hernán, Carlos y Gabriela. Hernán Tenicela Fierro nació en el año 1951. Estoy aquí por dos motivos. Uno, para rendir y contribuir con mi testimonio y para honrar la memoria de mi esposo, que hoy, 22 de mayo, hubiera cumplido 51 años. Él era natural de Apata, del distrito de Jauja. Era cristiano, estudiante isabelino. Ahí ya se perfilaba como escritor ganando muchos concursos y también como periodista. Abraza el aprismo y hasta el día de su muerte no lo cambió por nada.

En el diario *Correo* como periodista, demostró en su trabajo mucha responsabilidad. Desarrolló su trabajo, de repente, bastante informado, preparado. Después, ya inició con su columna política muy ágil, muy picante. Siempre estaba preocupado por prepararse para sus noticias, estaba informado: la radio, la televisión, las revistas y todo.

Aparte de ser periodista, también inició su carrera política. Era su pasión. Empezó a ser dirigente, en el sindicato del diario *Correo*. También tenía cargos en el Centro Federado de Periodistas de Huancayo y también en el Colegio de Periodistas de Huancayo. Asumió diferentes cargos y siempre los cumplió con bastante honestidad.

Asimismo, se enlazaba con varias instituciones para que así pudiera informar a los trabajadores de sus derechos. Las instituciones eran: Unión Sindical, la Federación Bancaria de Trabajadores, Ministerio de Trabajo y todas las instituciones que ven por el bienestar de los trabajadores. Siendo periodista, siempre estuvo preocupado por el desarrollo de la región. Se hizo amigos de todos. Todos eran sus amigos y, más aún, por las personas que estaban preocupadas por el desarrollo de la región y del Perú profundo.

Siendo periodista, es donde empieza a avizorar sus metas y postula a un cargo en la Oficina Departamental de Información de Comunicación Social [ODINCOS]. Era la principal del Sistema Nacional de Comunicación Social (SINACOSO). Ahí, concursó, gana, supo desempeñar con mucha equidad su trabajo. No fue gobiernista. Abrió [las puertas] para todos, incluso trabajó con todos los relacionistas públicos. No era radicalista. Apoyaba a todos. Prueba de ello es que siendo aprista pidió a un dirigente acciopopulista para que sea el padrino de mi segundo hijo. Aparte de eso, también se trazó una meta de ocupar un cargo en la Municipalidad de Huancayo.

Postuló a la alcaldía con el Sr. Ricardo Bohórquez y luego asumió su cargo como regidor de parques, ornato y avenidas y en la Comisión de Educación y Cultura. Siempre estaba controlando su tiempo para poder trabajar por el progreso de la región, incluso, estando se salvó de un atentado porque iba a inaugurar la remodelación del Cerrito de la Libertad y, gracias a Dios, que un trabajador se dio cuenta que habían minado para volar al alcalde y al regidor que era mi esposo.

Entonces, de ahí vinieron las amenazas, me imagino. Conmigo no compartió muchas cosas porque yo estaba embarazada. Posteriormente me enteré de que habían puesto una dinamita, pero se frustró porque el policía que le custodiaba la oficina de ODINCOS se dio cuenta a tiempo. Al parecer, le están realizando seguimiento porque sabían a qué horas salía de la oficina de ODINCOS que era ocho y media de la noche.

Un día, tenía que ir a la reunión de Pío X y no se encontraba en la oficina y justamente ese día hubo una explosión (dinamita) destrozando los vidrios, la oficina y muchas cosas.

Eso fue a las siete y cuarenta y cinco de la noche más o menos, pero él no se encontraba ahí. Quizás ya lo habían amenazado.

A partir de ahí, las cosas empezaron a ponerse terribles, lo cual hizo que cambie su vida. No tenía horario de llegada, no tenía hora fija. Cambió de ruta para poder llegar a la casa, se hizo crecer los bigotes, el cabello. Cuando me di cuenta la mitad de su ropa no estaba en la casa pues estaba en su oficina, llegaba con diferente ropa. Me extrañaba mucho verlo con bigotes, con lentes y le replicaba: «¿Qué pasa? Renuncia mejor al cargo. Hazlo por nuestros hijos», porque yo tenía hijos pequeños. Y él me dijo: «No, no pasa nada. No te preocupes, no hago daño a nadie. Y yo trabajo por Huancayo y no me va a pasar nada». Incluso solía decir: «La mala hierba nunca muere».

Seguían los asesinatos, seguían los apagones y todo eso, se preocupaba bastante. Me dijo incluso un día: «Han manifestado (SL), por la matanza en el penal de Lima. Por cada terrorista que haya muerto van a morir diez apistas». Sentí su tristeza y su preocupación cuando me comentó esto y otra vez le dije: «¿Por qué no dejas el cargo?» Tenía un recargado trabajo, incluso apoyó al doctor Félix Ortega Chávez] en la Corporación Departamental de Desarrollo (CORDE JUNÍN). Trataba de cumplir con su trabajo a cabalidad. Me decía: «No, no te preocupes. No va a pasar nada conmigo».

Enterado de las muertes de Uchuraccay, estaba preocupado. Se sentaba en la máquina y escribía muchas cosas porque, era un hombre pacífico, no era conflictivo. Sus notas lo dicen mucho. Se capacitaba constantemente.

Quince días antes {de su muerte} me dijo: «Estoy pensando viajar a Lima para ocupar cargos mayores» y me encargó muchas cosas. En ese momento no pensé que unos días más me iba a dejar sola con mis hijos. Fue triste y le dije: «Pero ¿por qué?» y me dijo que tenía que ser así. Me encargó de todo e incluso me manifestó cómo iba a educar a mis hijos. Fue triste.

Un día llegué a la casa y él estaba abrazado a sus hijos. Lloraba y le dije: «¿Por qué? ¿qué pasa? ¿ha pasado algo? ¿o te han amenazado?». «No –me dijo– Es que pienso, ¿qué será de mis hijos cuando yo me muera?». «¿Por qué dices eso? No debes hablar esas cosas, Hernán». Pero decía: «Es que estoy pensando, qué va a pasar con ellos». Su preocupación era terrible porque era un padre muy cariñoso, muy amoroso. Cuando llegaba a la casa generalmente lo encontraba jugando, incluso, en el suelo con sus hijos. Los llevaba a jugar fútbol a sus dos hijos pequeños, de seis años y tres años y medio. Los llevaba al estadio a las cinco de la mañana para enseñarles a jugar el fútbol. Luego, a las seis iba al mercado era un hombre muy cariñoso, con mucha equidad de género. Jamás decía esto no es mi labor, compartía las responsabilidades conmigo.

Incluso, los sábados y domingos eran sagrados porque las dedicaba a sus hijos, de lunes a viernes se dedicaba a su trabajo. No quería ningún compromiso los días sábado y domingo. Incluso cuando lo invitaban a algunos compromisos, les decía que no podía por sus hijos o iba acompañado con sus hijos. Un padre y esposo muy amoroso, quiso bastante a sus padres. Paso momentos muy difíciles.

Después, recién entendí cuánto dolor y preocupación había cargado no solo porque tenía a su madre enferma, sino también por mí que estaba embarazada y por sus hijos. A veces, veía que él no dormía. Estaban prendidas las luces, constantemente estaba

leyendo. Cuando le preguntaba me decía que: «No, recién me he despertado y quiero leer», y yo le creía porque era un lector voraz. Leía libros constantemente. Entonces, creí en eso. Pero, ya una vez que pasaron todas las cosas, recién entendí su preocupación y su dolor.

Después, viene el 2 de septiembre [de 1987], donde lo asesinan a mi esposo delante de mi hijo Hernán. Le voy a ceder la palabra a él.

Testimonio de Hernán Tenicela Ninamango (1981)

Mi nombre es Hernán, como mi padre. Hoy traigo la voz de mis hermanos menores, Carlos y Gabriela. Yo no sabía qué pasaba en el país en esos momentos. Solo disfrutaba de los juegos con mi padre y con mi hermano y la recién nacida Gabriela.

La mañana del 2 de septiembre salimos de casa. Mi madre se fue al hospital con mi hermana porque se estaba poniendo enferma y necesitaba una vacuna. Salimos como siempre. Tomamos la misma ruta para abordar el carro que le llevaría a él a su trabajo y a mí al colegio, pero a una cuadra de haber salido de nuestra casa se detuvo y me dijo: «Hernán, tienes que cuidar a tu mamá, a tu hermano y a tu hermana». Yo le dije: «No te preocupes, papá, lo voy a hacer». Aunque no sabía a qué se refería. Llegamos a la calle Tarapacá. Miré hacia el lado izquierdo y me topé con dos personas vestidas como cargadores porque allí estaba el Mercado Mayorista de Huancayo. Uno de ellos tenía un mantel sobre su mano derecha y justo cuando yo volteo la cabeza distingo que levantan el mantel y aparece un arma brillante y no recuerdo más. No recuerdo cómo cayó mi padre. No recuerdo cuántos tiros fueron, no recuerdo cómo blandieron el arma, no recuerdo cómo huyeron. Cuando volví en mí lo vi boca abajo. Ni siquiera pude ver su rostro ensangrentado, y yo no podía dar un paso. Estaba con mi mochila y la lonchera. Tal como él me había dejado.

Nuevamente sentí que alguien se acercaba y sabía que iba a hacer lo mismo. Así es que nuevamente estuve fuera de sí. Pero retorné a mí mismo. Estuvo más cerca porque pude distinguir que aquella chica que yo veía tenía pelo largo y al parecer era una mujer, después supe que le había dado el tiro de gracia que a la postre lo mató. Pero, tampoco me pude mover, ni decir, ni gritar, ni hacer nada. Hasta que una adolescente me dijo: «Ándate, porque a ti también te van a matar». Y empecé a correr. No sé a dónde porque no sabía dónde estaba la casa de mis abuelos. No sé cómo llegué, pero entré en la tienda de mi abuela y le dije como había visto mucha sangre. Le dije: «Abuelita, a mi padre lo acaban de matar». Y ella me decía que no, «cómo vas a decir esas cosas». «Sí, abuelita, yo he visto sangre. Lo han matado».

Inmediatamente, la casa de mis abuelos se puso en movimiento y me dejaron solo. Todos corrieron para auxiliar a mi padre. De ahí no recuerdo nada, no recuerdo con quién estuve, no recuerdo si dormí o estuve pensando o si comí; no sé. Recuerdo más bien, ya cuando lo estaban velando en el auditorio de la Municipalidad de Huancayo y pedí verlo por última vez. Quise despedirme de él, pero dijeron que no, que me iba a hacer mucho daño y no pude despedirme de él. Falleció más o menos a las once de la mañana de ese 2 de septiembre.

Después de aquel suceso, empezaron las consecuencias. No podía dormir de noche. En las noches soñaba que venían por mi mamá, por mis hermanos y me despertaba asustado, gritando y me iba a la cama de mi mamá, diciéndole que me vienen a buscar, que quieren matarnos. No podía dormir. En las calles o cuando estaba en la casa de mis abuelos, cuando escuchaba disparos o los dinamitazos, me quedaba parado atónito sin poder decir nada, sin poder dar un paso. Olvidaba demasiado. Una vez recuerdo que la mochila con todos los cuadernos y todas las tareas se me olvidaron en el carro y nunca más supe de ellos.

Tuve que, a pesar de esas consecuencias y a pesar de lo que yo sentía, levantarme para apoyar a mis hermanos porque mi padre me había dejado la responsabilidad de velar por ellos. Porque si bien no tenían su padre a su lado estaba su hermano mayor para que les diera el ejemplo. Junto con mi madre nos ocupamos de ellos. Recuerdo que a mi hermano Carlos lo llevaba al colegio, le hacía tomar el desayuno y después de hacer las cosas de la casa porque mi madre estaba trabajando todo el día. Tenía que partir para llevar al jardín a mi hermana, tenía que asearla, ayudarle en sus tareas y llevarla al jardín. Luego, recién, me iba a mi colegio porque yo estudiaba por la tarde. Tenía que hacer todas mis tareas por la noche.

Tenía que, con mis ocho o nueve años, aprender a pagar la luz, agua, ir a la Municipalidad, una serie de responsabilidades que tuve que asumir por ellos. Pero tal vez donde volvieron esos recuerdos y donde se sintió más la presencia de un padre fue cuando en la adolescencia no había con quién conversar de hombre a hombre y cuando uno regresaba de la calle y se sentía mal porque veía a mis amigos jugando con sus padres o caminando simplemente por la calle, regresaba a mi cuarto y decía: «¿Por qué me quitaron a mi padre?» O le decía a él de frente: «¿Por qué te fuiste?». Necesitaba a alguien que me oriente, que me aconseje, que sea un amigo para mí y él ya no estaba. Pero todo tenía que hacerlo en silencio y a escondidas, porque si bien mis hermanos no tenían un padre, debían tenerme a mí para poder conversar y decirles algo. Porque, aunque digan muchos, que él no pensó en nosotros, yo les dije a ellos que sí había pensado en nosotros. Porque quería un Perú mejor, porque se sacrificó por sus ideales y sus principios, su vida. Porque creía en la democracia y por eso dijo: «Yo soy manos limpias y nunca me voy a ir de Huancayo porque yo no le hice daño a nadie. Yo no robé, yo no maté».

Yo quiero, como él alguna vez le comentó a un amigo, como huancaíno que es, quería la descentralización. Anhelaba que haya oportunidades para todos, que los desórdenes estructurales que vivía el país no hayan más.

Cuando tenía las amenazas, él dijo, y cantaba la canción que dice: «Aquí estoy, dicen que andaban jurando matarme, aquí estoy». Y lo cantaba y yo se lo escuché muchas veces. Y por largo tiempo yo lloraba al escuchar esa canción porque tal vez al cantar esa canción, aquellos que lo mataron escucharon aquella voz. Pero mi padre quiso muchas cosas más. No solo no era un aprista tradicional, era un aprista abierto a todos y tenía amigos de todas las tendencias, y eso lo recuerdo porque desde que falleció cuando caminábamos por las calles de Huancayo las personas no dejaban de saludarnos de la otra calle, se acercaban y me tocaban la cabeza y me decían: «Eres igualito a tu padre». Se recordaban de él y me contaban muchas cosas. Por eso, yo les digo a mis hermanos menores, yo les digo siempre —porque si bien no está su figura física, está su figura

espiritual—: «Que se sientan orgullosos de lo que hizo su padre porque él ofrendó su vida, no solo por nosotros sino porque haya en el Perú un país mejor».

Testimonio de Nelly Ninamango Aliaga

Cuando me acerqué al Hospital El Carmen todavía tenía esperanza de encontrarlo vivo. Pedí que me dejaran verlo, tal vez quería encargarme algo o por lo menos quería tocar su mano. Pero cuando llegué ya estaba inconsciente, ni siquiera pudo tocar mi mano.

Entonces, empezó la desesperanza para mí. Pude observar que llegaba el general del Ejército con diez soldados. Ellos, quizás en ese momento de dolor, porque parecía que a mí me hubieran arrancado algo de mi cuerpo, me dijeron: «Señora, hemos venido a salvar a su esposo. Hemos venido a donar sangre voluntariamente» a ellos mi gratitud. Quizás un poquito eso aminoró mi tristeza y esperé a que lo operaran, pero lamentablemente a las once de la mañana falleció. Fue terrible pues fue víctima de un vil crimen y lo hicieron delante de mi hijo, eso me dolió bastante.

Ya después en el entierro de mi esposo, me dijeron que me iban a apoyar, me alegré bastante porque eso iba a ser para mis hijos. Tuve el apoyo de los periodistas, tuve el apoyo del Partido Aprista, tuve el apoyo de amigos de mi esposo, de mi familia, de mis padres políticos, pero también hubo mucha gente que me hizo mucho daño, me maltrataron, me ofendieron. Entonces, ya empezó el camino difícil. Empecé a descuidar a mis hijos porque lamentablemente tenía que dejarlos para estar en las oficinas de la Policía de Investigaciones del Perú (PIP), a veces todo el día, a veces medio día, para esperar un certificado para yo poder cobrar una póliza. Lamentablemente esta nunca llegó porque cuando lo aseguraron a mi esposo, en esa compañía de Popular y Porvenir, era solamente cuando era presuntos terroristas. Pero el atestado policial de mi esposo decía: «La cédula de aniquilamiento selectivo de Sendero Luminoso». Por ahí no recibí ni un sol. Claro, la mayoría de las personas pensaban que había recibido y tenía dinero. Fue terrible.

Después de terminar todo este trajín de la Policía, tuve que empezar los trámites para la declaratoria de herederos. Otra vez tuve que dejar a mis hijos. Gracias a Dios tuve el apoyo de mi madre política y de mi madre. Ahí es donde los dejaba a mis hijos para poder salir constantemente. Terminó ese trajín y tuve que ir a Lima para estar en el INABIF y me dieran los documentos para que salga la pensión. Otra vez tenía que estar viajando. Eso fue hasta el mes de diciembre.

En enero [de 1988] se torna mi camino más difícil. ¿Por qué? Porque tenía que seguir otros trámites como en SINACOSO para conseguir la pensión. Pero lamentablemente esto duró más de tres años y medio, que tenía que estar viajando a Lima constantemente. A veces, no tenía ni para el pasaje, pero tenía que viajar. A veces tenía que viajar con mis hijos en un solo asiento porque no había dinero para otro asiento. Así tenía que viajar.

Por eso, pediría a las autoridades que la pensión de una viuda debe ser automático. ¿Por qué? Porque pasamos peripecias para que pase el papel de una oficina a otra oficina, cada vez tenía que viajar. Yo digo: esos funcionarios no pensarán que alguna vez un

familiar suyo tenga que sufrir todas estas peripecias. No había cuándo salir. A veces ya decía: «Creo que he hecho por gusto estos trámites». He padecido.

Después, en el trabajo también. Lamentablemente, enviudé muy joven y eso tiene su precio porque a veces decían: «la viuda está buena», «la viuda está, esto, el otro» y tuve que hacer valer mis derechos. Por eso, también, tuve una carta de despedida. Gracias a Dios tuve el apoyo de los periodistas del diario *Correo*, donde me apoyaron con un memorial para seguir un juicio donde ellos mismos me buscaron un abogado. Gracias a Dios después de seis meses conseguí de que me retiraran esa carta de despedida.

Cuando uno es joven siempre nos maltratan, nos califican. A veces no podía asistir a una fiesta porque decían por qué bailaba yo, que era carne de segunda y me agredían. Pero, yo les perdonaba a esas personas, y me decía no por una sola persona voy a dejar de ir a una reunión. Entonces, continuaba yendo, me armaba de valor «Debo tener fortaleza para poder entender a estas personas». que me agreden sin ninguna razón. Cuando nos ponen calificativos, cuando nos dicen: «Sí, pues, cae, ya terreno usado». Cuando nos dicen que como no tenemos esposos, estamos buscando. Nos maltrata mucho la sociedad.

Así es como hemos caminado con mis hijos, a pesar de que a veces a Hernancito le decía: «No te preocupes, lo voy a hacer». Pero él, no. Él quería ayudar; ayudar en todo porque su papá le había encargado. A veces, también tenía sus temores; incluso me echaba llave a la casa. No me dejaba salir, me escondía los zapatos, la ropa. Después lo entendí cuando la psicóloga me dijo: «Es su trauma y un mecanismo de defensa que tiene. Es que tiene miedo de que también te maten a ti. Entiéndelo». Y así hemos transcurrido todo ese camino de dolor: él por su trauma, a veces de bloquear su memoria para olvidar la muerte de su padre. Tener a mi hija enferma, a Gaby. Le dio un virus por el sistema nervioso, le tuve que privar de su lactancia materna. También, tenía a mi hijo Carlos, enfermo del corazón. Así he tenido que transitar todo este camino tan difícil y seguir adelante.

Ahora, a veces, me siento mal. Tengo dolores de la columna, quizás por los viajes constantes que tenía que hacer a Lima para poder sacar esa pensión porque era para mis hijos. Cualquier trámite que yo hacía, lo hacía por ellos, porque ellos son los que van a necesitar para sus estudios superiores.

Por eso, yo pido bastante para que esta violencia no se vuelva a repetir. No me gustaría que pasen otras personas lo que yo he pasado. Yo les pido: así como tengo acá un periódico donde el ministro de Justicia entrega a una persona ciento setenta y cinco mil dólares de indemnización por [el caso] Barrios Altos, de igual manera lo hacen con [el caso] La Cantuta Y, ¿yo? mi esposo ofrendó su vida, me dieron solamente cuatrocientos noventa y cinco soles, nada más. ¿Por qué esa diferencia? ¿Por qué? Nosotros podemos aceptar diferencias, de repente pocas, pero diferencias abismales no. Creo que eso es lo que también debe ver la Comisión de la Verdad para que haya una verdadera reconciliación.

Otra cosa también, que quería remarcar es el respeto a los partidos. Lamentablemente cuando nuestros esposos son de diferente ideología política a la que tiene un sector, los expedientes no lo agilizan. Pienso que se debe de respetar la ideología política que tiene cada persona y más aún si la víctima ya es muerta y nosotros no tenemos nada que ver,

ni la esposa ni los hijos. Hubo casos de otras viudas también que han tenido que pasar diez años para tener una pensión. Estas cositas se deben analizar para que no se vuelvan a repetir. Hay muchas viudas que no tienen ni siquiera una pensión, ni un seguro.

¿Cuánto hay por hacer por muchas viudas? ¿Y por qué no trabajar también por nuestros hijos? Porque el dinero no nos alcanza para nuestros hijos a veces. También quiero rendir un homenaje a todos los huérfanos porque han sabido salir adelante, pese a todas las dificultades que han tenido. Y yo pido también a la Comisión de la Verdad que se estudien estos casos y que de repente vean cómo hacen en otros países con las viudas y los huérfanos porque solo así ellos van a tener una buena educación, que les den becas porque esa es nuestra preocupación. Tengo a mis dos hijos en Lima y el dinero no me alcanza. Ellos han venido a estudiar allá. Entonces, todas esas cosas se deben de ver y por tantas viudas que hay.

Testimonio de Hernán Tenicela Ninamango

Quisiera agregar algo, una petición. Al margen de lo que nos pueda otorgar, no solo a mí sino a todas las familias víctimas de la violencia política. De una manera particular mía, lo que sí quisiera pedirles a todos ustedes y con la contribución de todas las víctimas que vamos a dar nuestro testimonio público y a las oficinas de la Comisión de la Verdad [para] que esto contribuya [a] que el Perú se reencuentre. Para que no haya diferencias entre los criollos y los andinos. Para que haya una nación criolla andina y no (solo) una república criolla que ha existido desde 1821. Esperemos que al responder a las preguntas de la Comisión de la Verdad sobre ¿qué nos pasó?, den su granito de arena para reencontrarnos. Para hacernos una verdadera nación y para que ningún grupo se arrogue, las banderas y los principios de querer una nación mejor, sino que tenemos que construirlo todos nosotros. Y que la Comisión de la Verdad, espero, lo va a lograr así con las respuestas de todos estos casos para decir que nos pasó y por qué nos pasó.

Doctor Rolando Ames Cobián

Bien, señora Nelly y Hernán. Creo que la sala entera y los miembros de la Comisión estamos profundamente conmovidos y en simpatía con todo lo que ustedes nos han dicho ahora. Creo que ustedes han dado un testimonio de dignidad, de calidad humana y ojalá podamos tomar de ustedes ese espíritu para tratar de cumplir una tarea difícil. Quizá, permítannos que recordemos, hoy día, aunque tan tardíamente, el nombre de Hernán Magdoval Tenicela Fierro, su esposo, su padre, que cumplía años hoy, que le rindamos homenaje y también gracias porque las sugerencias de propuestas, de recomendaciones, lo que acabas de decir tú, Hernán, que surgen de lo que ustedes han vivido, es de lo mejor que la Comisión de la Verdad quisiera hacer y quizás con el apoyo de gente como ustedes lo podamos hacer. Muchas gracias.